

## NOTICIAS SOBRE LA ANTIGUA PLAZA Y EL MERCADO DEL VOLADOR DE LA CIUDAD DE MÉXICO

JOSÉ GUADALUPE VICTORIA

Cuando Alonso García Bravo trazó la nueva Ciudad de México, sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlán, como buen geómetra que era, debió pensar que la naciente urbe había de contar con suficientes espacios abiertos para que sus futuros vecinos, aunque gozarían de un amplio y variado entorno geográfico, no se sintieran asfixiados dentro de la mancha urbana capitalina. Y no obstante que en la tradición hispánica —impregnada en gran medida de islamismo— se tendía a hacer vida intramuros, vivir y convivir en la calle y en las plazas era condición obligatoria para todos los ciudadanos.

Precisamente entre los espacios abiertos ideados por García Bravo se contaron las dos grandes plazas que tuvo la ciudad: la Plaza Mayor —conocida hasta la actualidad con el eufónico nombre de El Zócalo— y la Plaza de Santo Domingo. Como apéndices de esos enormes espacios, a un lado de la catedral, hubo otra pequeña plazuela llamada Plazuela del Marqués. La ciudad contó, además, con otras plazas pequeñas; algunas de ellas todavía se conservan y otras han desaparecido a lo largo de los dos últimos siglos. Por ejemplo la Plaza de la Guardiola —junto a San Francisco, y a un lado de la Casa de los Azulejos— o la del Volador, a un costado del Palacio Nacional —antaoño de los Virreyes— y frontera a la Plaza Mayor.

Si hemos de creer a los primeros cronistas de la ciudad, el terreno que luego se convertiría en la Plaza del Volador perteneció en la época prehispánica a las llamadas Casas Nuevas de Moctezuma. En el perímetro de ese predio tenía lugar, periódicamente, una danza de “voladores”; esta actividad dio nombre a ese solar que, después de la Conquista, pasó a ser propiedad de Hernán Cortés. Cuando el conquistador vendió las llamadas Casas Nuevas de Moctezuma, para que se instalara en ellas el gobierno virreinal, al parecer no incluyó el pedazo de terreno que se extendía más allá de la acequia, o sea “El Volador”. Por eso al mediar el siglo XVI, el segundo Marqués del Valle, ante la amenaza de que dicho predio fuera destinado a mercado de la ciudad, decidió construir; a lo que se opusieron las autoridades virreinales

—sobre todo la Audiencia— argumentando que no era posible llevar a cabo ninguna construcción, dada la cercanía del lugar con el Real Palacio. Entablaron un pleito con el Marqués, quien después del triste episodio que vivió —la célebre conjuración de 1565— y las consecuencias que tuvo, no pudo disponer de sus bienes. De manera que tal situación fue aprovechada por el rector de la Universidad, quien “se presentó a la Audiencia, manifestando que ningún local era tan a propósito para las escuelas, como los solares que en la plazuela del Volador tenía el Marqués del Valle”, logrando que se resolviera a su favor y de inmediato se inició la construcción del edificio universitario en 1584.<sup>1</sup>

El terreno que quedó al frente de la Universidad, en sentido estricto, fue lo que posteriormente se llamó la Plaza del Volador. Ahí, hacia 1620, el Ayuntamiento decidió construir una fuente; a lo cual se opusieron los herederos del Marqués del Valle, iniciándose un nuevo pleito que sólo terminó en 1624, siendo favorable a los herederos del conquistador. Así,

desde entonces la plaza quedó sirviendo para mercado de frutas y de legumbres, también servía para que allí se formara la plaza de toros en las entradas de los virreyes o en la solemnidad de la coronación de los reyes, dándose lumberas al juez conservador del Marquesado, al gobernador y demás empleados, en señal de dominio.<sup>2</sup>

Como tal “vivió” la plaza durante el siglo XVII. Sin embargo, en ella tuvo lugar uno de los acontecimientos más trágicos en la vida de la capital: la celebración del Auto de Fe, del 11 de abril de 1649. Gran pompa y aparato desplegó la Inquisición para llevar a cabo tan siniestro evento, con el cual pretendía reafirmar su autoridad. Lució como nunca la arquitectura efímera construida ex profeso para tal acontecimiento, pues se esperaba contar con una asistencia de “diez y seis mil curiosos de ambos sexos”.<sup>3</sup> Desde la víspera empezaron los prepara-

<sup>1</sup> Manuel Rivera Cambas. *México pintoresco, artístico y monumental*, v. I, pp. 144-153. A este autor se debe la única reseña más completa de la antigua plaza y el mercado del Volador; razón por la cual aparecerá constantemente citado en este artículo.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 145. Lauro Rosell indica que “varias y suntuosas corridas de toros” se llevaron a cabo, “por primera vez”, en la Plaza del Volador, en 1554. Y añade: “verificábase en este sitio esos festejos sólo por orden expresa del Monarca, y en ocasión de celebrarse fiestas reales; todavía en los principios del siglo XIX hubo corridas en esta plaza”. *Plazas de Toros de México. Historia de cada una de las que han existido en la Capital desde 1521 hasta 1936*, México, Talleres Gráficos de Excélsior, 1945, nota introductoria.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 146.

tivos de la cruenta ceremonia, y “el mero día” se inició con una lúgubre procesión desde la sede del tribunal hasta la plaza. Lo que menos faltó fueron espectadores pues, indica el cronista a quien seguimos,

muchos curiosos permanecieron toda la noche en el tablado para no perder ni el menor detalle; inmensa fue la concurrencia en la procesión de la tarde y la afluencia de forasteros, llegados a la capital desde doscientas y trescientas leguas, atraídos por el deseo de presenciar tan grande espectáculo; azoteas, calles, balcones, ventanas, todo estaba cubierto por los curiosos situados en la vía que iban a recorrer las procesiones, y en las bocacalles quedaron los coches toda la noche por no perder el lugar.<sup>4</sup>

Resulta tan patética la descripción que hace el mismo cronista, de los preparativos del evento y de éste en sí, que preferimos no transcribirla. Es suficiente decir que el Auto empezó a las siete de la mañana y concluyó a las siete de la noche, cuando las cenizas de los ajusticiados, “después de haberles dado garrote, excepto uno que por sus blasfemias y pertinencia fue quemado vivo”, fueron recogidas por el corregidor de la ciudad, quien, al día siguiente, las arrojó a la ciénega.<sup>5</sup>

Ahora bien, espectáculos como el que acabamos de mencionar eran excepcionales; la vida cotidiana en la plaza resultaba de lo más trivial, aunque no por eso menos agitada pues era paso obligado para quienes se dirigían a la Universidad, al convento-colegio de Porta Coeli, o a la Plaza Mayor. Siempre debió haber ahí gran movimiento, aunque Cristóbal de Villalpando, al pintarla como parte de su gran lienzo sobre la Plaza Mayor en 1697, dé una imagen apacible de ella.

Para el siglo XVIII el tráfico humano en la plaza era mucho más intenso; se habían instalado innumerables puestos, fijos y semifijos, creando un ambiente de auténtico *tianguis*, similar al Parián, ubicado en la Plaza Mayor. Juan de Viera en su *Compendiosa narración de la Ciudad de México* describe de manera efusiva la Plaza del Volador y su entorno, en los siguientes términos:

La Plazuela que llaman del Volador, en donde, para no detenerme, sólo notaré que tiene seiscientas varas en quadro que forman los quatro frentes: los del costado del Real Palacio, la magnífica y sumptuosa planta de la Real Universidad, cuyo hermoso frontispicio y balconería es uno de los mejores objetos de toda su quadratura... El otro frente de esta Plaza lo forman varias tiendas y casas grandes de particular hermosura y la iglesia del

<sup>4</sup> *Ibidem.*

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 148.

Colegio de Estudios de religiosos dominicos que llaman de Porta Coeli. El último otro frente que cierra el quadro de esta Plazuela lo forman una acera entera de casas de igual simetría, orden y arquitectura, cuyos bajos son tiendas de pulpería y semillas, que cojen desde la esquina del Puente de Palacio hasta la esquina de San Bernardo. En el centro de esta Plazuela hai tres órdenes de barracas que forman calles, donde se vende lo mismo que en la Plaza Mayor, verduras y frutas, con adición que aquí se encuentra mucha loza vidriada para el consumo de las cocinas y delante de la Universidad hai infinidad de indios carpinteros del pueblo de Xochimilco que hazen y venden camas, estantes, caxas de todos tamaños, taburetes, escaños, todo de madera ordinaria. Al frente de la iglesia y colegio de Porta Coelli hai una porción de barracas cubiertas a los quatro vientos por paños de tejidos de pita, donde ocurren todos los pobres a afeitarse por un cortísimo extipendio, y allí regularmente se ponen las hueveras dando vueltas hasta el Puente de Palacio.<sup>6</sup>

Las reformas socioeconómicas llevadas a cabo en la Ciudad de México, por los virreyes ilustrados que gobernaron la Nueva España durante el último tercio del siglo XVIII —Gálvez, Revillagigedo, Bucareli—, afectaron profundamente a la ya centenaria plaza. Dichos virreyes estuvieron empeñados en mantener una ciudad limpia, y entre las medidas que adoptaron para lograrlo, se contó la de querer concentrar la mayor parte del comercio ambulante, instalado sin ton ni son en la Plaza Mayor —a pesar de contar con el Parían— y en las demás plazuelas de la capital. Fue don Matías Gálvez, en su calidad de visitador, el primero en proponer que en un solo lugar se reuniera “a los regatones que infestaban la plaza principal, y para ello escogió como más a propósito la del Volador, a la que mandó se trasladaran...”<sup>7</sup> Sin embargo, su propósito resultó casi vano pues cuando llegó a México el Conde de Revillagigedo, encontró “todo en el mayor desorden”.<sup>8</sup> Fue este gobernante quien decidió mandar construir la *Plaza* —o sea el mercado— de la ciudad; “la que en efecto fue levantada de madera... teniendo cajones en el interior y exterior, tinglados también de madera y muchas sobras de petate, las que siempre han caracterizado a nuestros mercados”, escribe con resignación Manuel Rivera Cambas.<sup>9</sup>

El interés de las autoridades, por dotar a la ciudad de un mercado adecuado, respondía al hecho de que

<sup>6</sup> Juan de Viera, *Compendiosa Narración de la Ciudad de México*, pp. 41, 43-44.

<sup>7</sup> Manuel Rivera Cambas, *op. cit.*, p. 148.

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> *Ibidem.*

en toda la ciudad se instalaban arbitrariamente *puestos* de frutas y de verduras, además de los fijos que había en las plazas del Volador y Santa Catarina; pero en ninguno había el menor orden, ni arreglo, de lo cual resultaban gravísimos perjuicios al público; en las chozas formadas en las plazas para los puestos, vivían aglomerados individuos de uno y otro sexo.<sup>10</sup>

Causa admiración saber que hasta ese entonces la plaza aún era propiedad privada; su dueño, el Duque de Terranova, la arrendó a la ciudad por la cantidad de dos mil quinientos diez pesos anuales, en noviembre de 1789, “con el objeto de acomodar en ella los puestos que no podían ya caber en la plaza mayor”.<sup>11</sup> El arquitecto Ignacio Castera tuvo el encargo de hacer un modelo “para la construcción de cajones; pero no habiendo agradado se le encomendó la dirección al Sr. José Campos, comerciante”.<sup>12</sup> La construcción fue lenta y tardó casi dos años; pero al fin se contaba con los cajones, la banqueteta y el empedrado. Las obras tuvieron un costo de treinta y cuatro mil trescientos siete pesos que, como noticia curiosa, diremos que fueron “prestados por el constructor”.<sup>13</sup>

En 1792 el mercado fue concluido,

rodeándolo de banquetas y se construyó en su centro una fuente, cerrando el cuadro con casillas o cajones de madera con dos frentes y colocados sobre ruedas para cambiarlos de sitio en caso de incendio; la plaza tuvo ocho entradas con sus puertas; había otro cuadro interior con tinglados para puestos móviles, de manera que entre éstos y los cajones quedara una calle bastante ancha y se dejó una plazoleta en el centro; cada clase de efectos tenía parajes señalados y precios fijos, proscribiéndose las cantinas y la lumbre; iluminábase la plaza uniformemente con sesenta y cuatro faroles de cristal, se abría al amanecer y se cerraba a la hora de la retreta quedando al cuidado de dos guardas que también se encargaban del alumbrado, la limpieza y el orden bajo el mando del juez de plaza y el administrador.<sup>14</sup>

Además, tal parece que las autoridades querían aplicar ahí, a toda costa, el viejo principio de la economía doméstica que indica: “un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar”; así

unos cajones servían para mantas, rebozos, cintas, sombreros, algodón y demás efectos semejantes; otros para dulces, frutas pasadas y secas, bizco-

<sup>10</sup> *Ibidem.*

<sup>11</sup> *Ibidem.*

<sup>12</sup> *Ibidem.*

<sup>13</sup> *Ibidem.*

<sup>14</sup> *Ibidem.*

chos, quesos y mantequillas: veintitres se destinaban a la venta de fierro, cobre, herraje, mercería, exceptuando las llaves y armas prohibidas; otros veintitres estaban destinados para especies, semillas y demás de esta naturaleza; cuarenta y siete para verduras, frutas y flores; veintitres para carnes, aves vivas y muertas, pescado fresco y salado y aguas frescas; igual número de cajones estaban destinados a la loza, petates y jarcia, cueros curtidos y al pelo, zapatos, sillas y otros artículos móviles de los pobres y para vendimias y comestibles de todas clases; otros lugares fueron destinados exclusivamente para la venta del maíz introducido por indios. También se les dió un sitio a los barberos, en las extremidades de los tinglados, y en algunas casillas que quedaron vacías se permitía vender ropa hecha nueva y vieja; solamente se prohibían los figones y que se hiciera lumbre.<sup>15</sup>

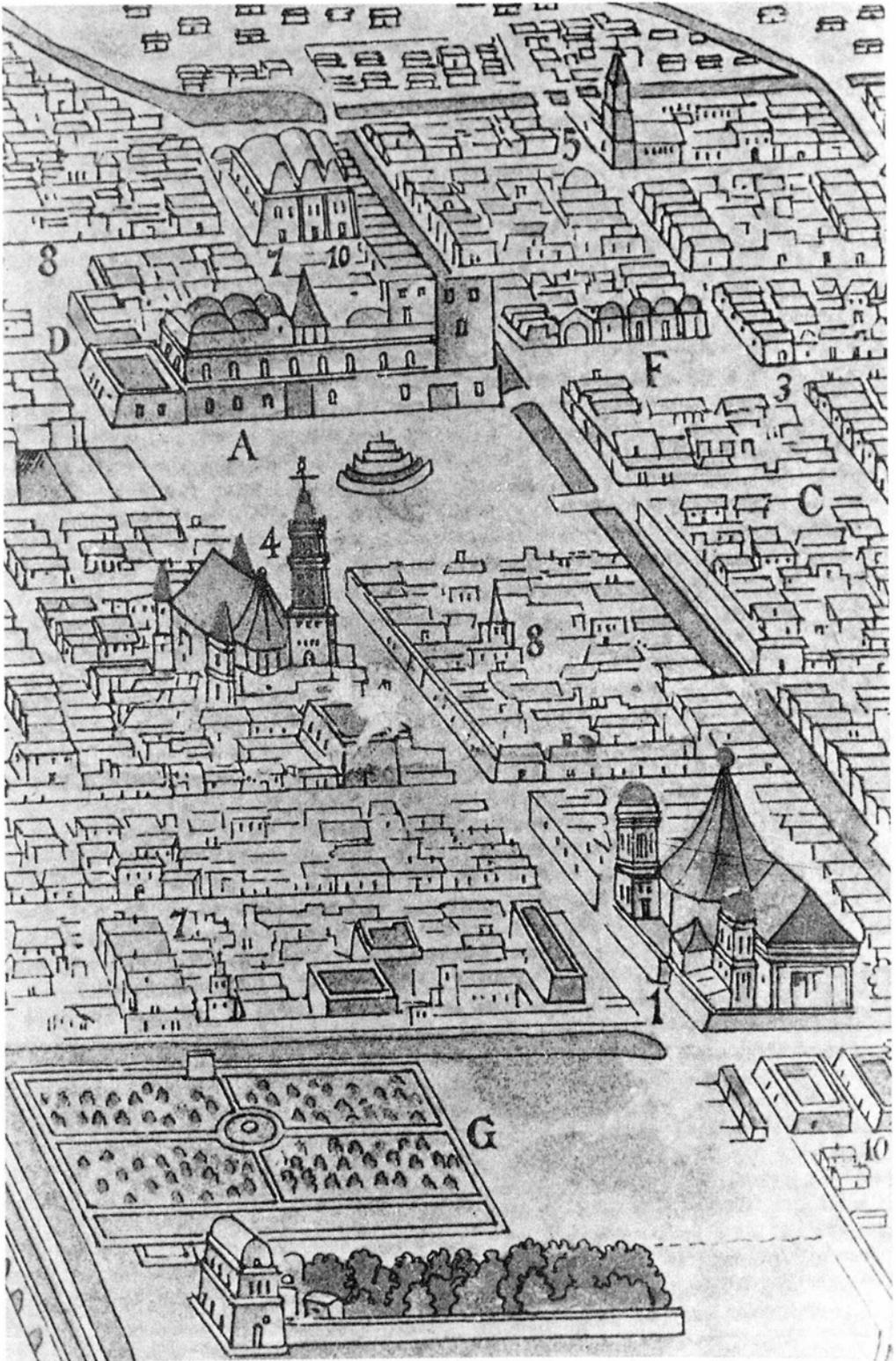
Como puede darse cuenta el lector, la modernidad entraba de lleno en la vida de la capital y de sus habitantes. Pero se vivía en México, o quizás por eso, habría que añadir algo sobre el aspecto de los *cajones* de este novísimo mercado. Eran de madera y “estaban forrados de cuero interiormente; con el agua y el sol comenzaron a partirse y pronto se destruyeron, gastándose anualmente una regular cantidad en reponerlos; de los productos de la plaza fue pagado el costo de ellos”.<sup>16</sup> No obstante eso no era lo peor, porque “la previsión de formar los cajones sobre ruedas para prevenir que cundieran los incendios, no surtió efecto el día que se necesitó, pues el año de 1794, habiéndose incendiado un cajón, se intentó quitarlo y fue imposible moverlo del sitio en que estaba”.<sup>17</sup> Por esa vez la modernidad no funcionó.

A pesar de todo las intenciones eran buenas, tanto que se dotó al inmueble de un reglamento, “para el buen orden de ese mercado”, expedido el 11 de noviembre de 1791. En dicho reglamento “se determinaron las funciones y obligaciones del juez, administrador y guardas y se establecieron las reglas convenientes para la limpieza, seguridad y

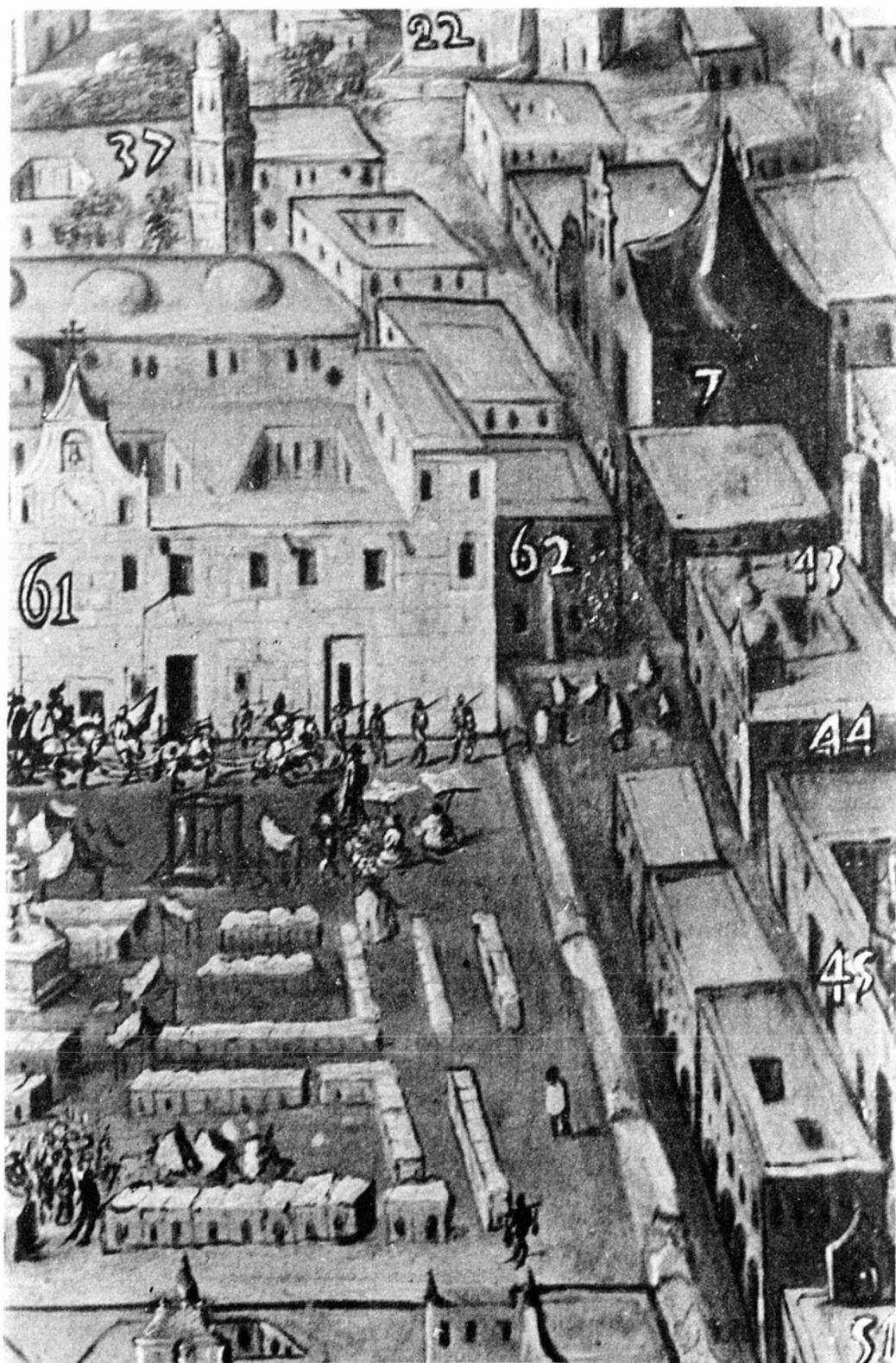
<sup>15</sup> *Ibidem.*

<sup>16</sup> *Ibidem.*

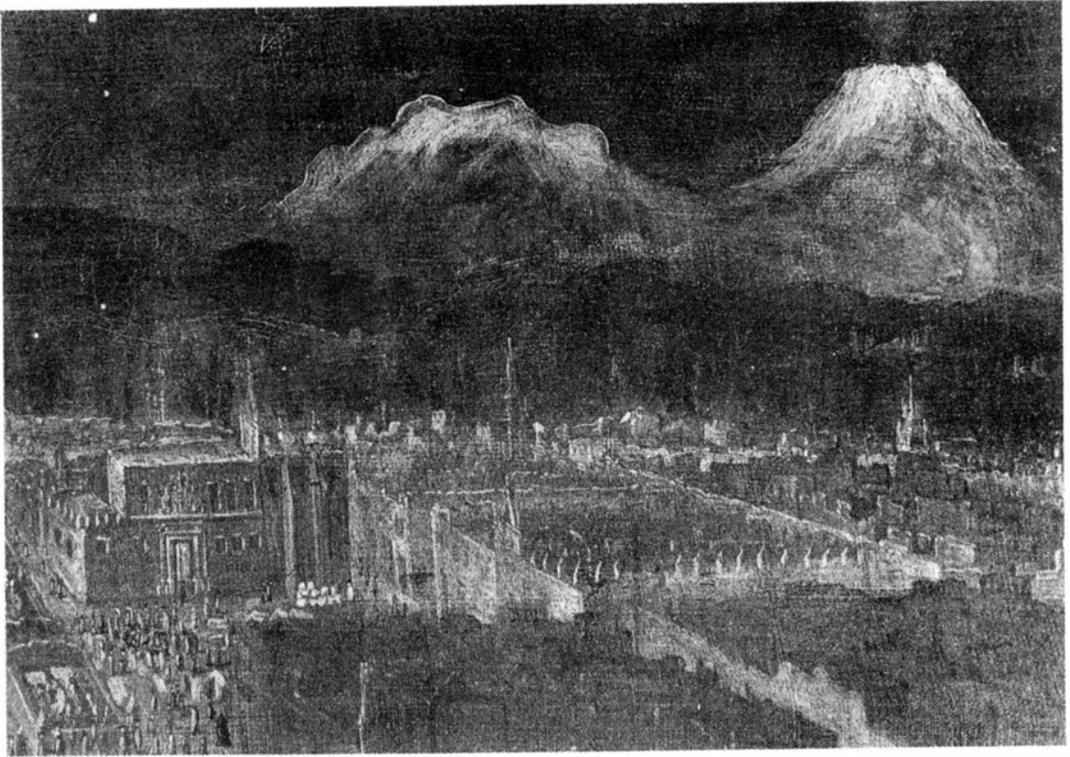
<sup>17</sup> *Ibidem.* Cabe aclarar que Rivera Cambas se equivocó al registrar el año en que ocurrió el incendio, pues un testigo de la época, el alabardero José Gómez, en su *Diario...*, menciona que el siniestro tuvo lugar el 9 de octubre de 1793, registrándolo en los siguientes términos: “la noche de este día a las tres y cuarto se prendió fuego en la plazuela del Volador y se quemó un área de cajoncitos en que, sin (contar) lo prendido de los cajoncitos, hubo como 300 pesos de pérdidas. José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el Gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía de Ignacio González Polo, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1986, p. 84.



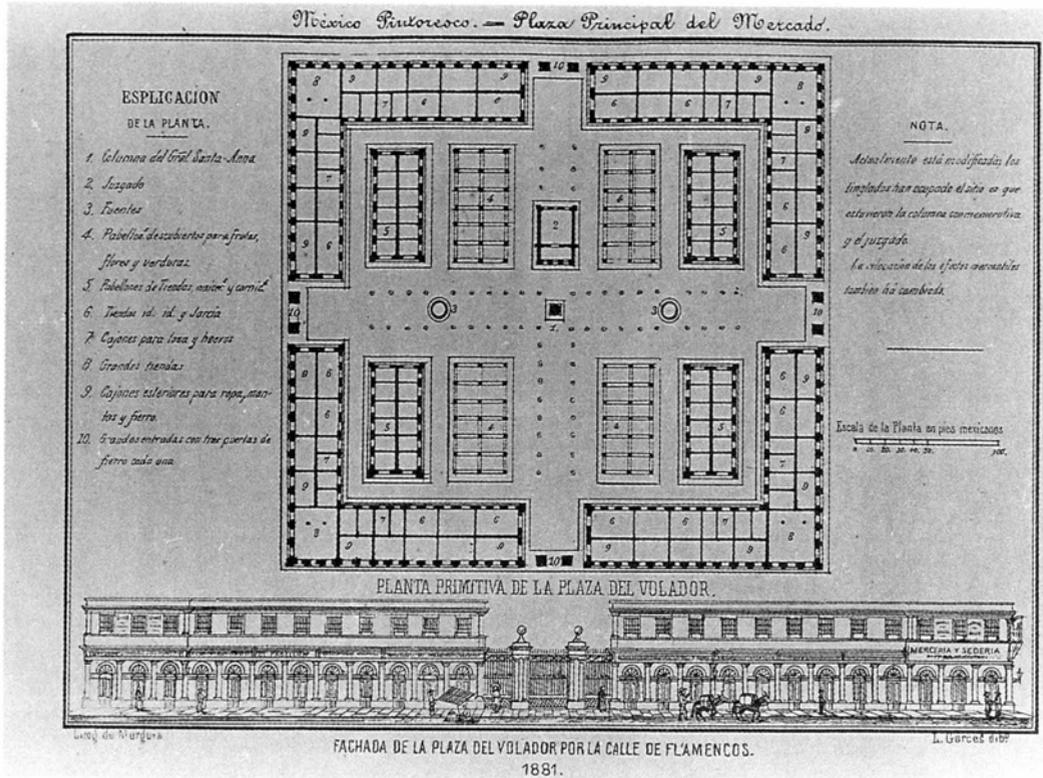
1. Juan Gómez de Trasmonte. *La ciudad de México en 1628* (pormenor). La letra F indica el lugar que ocupaba la Plaza del Volador y el edificio de la Universidad.



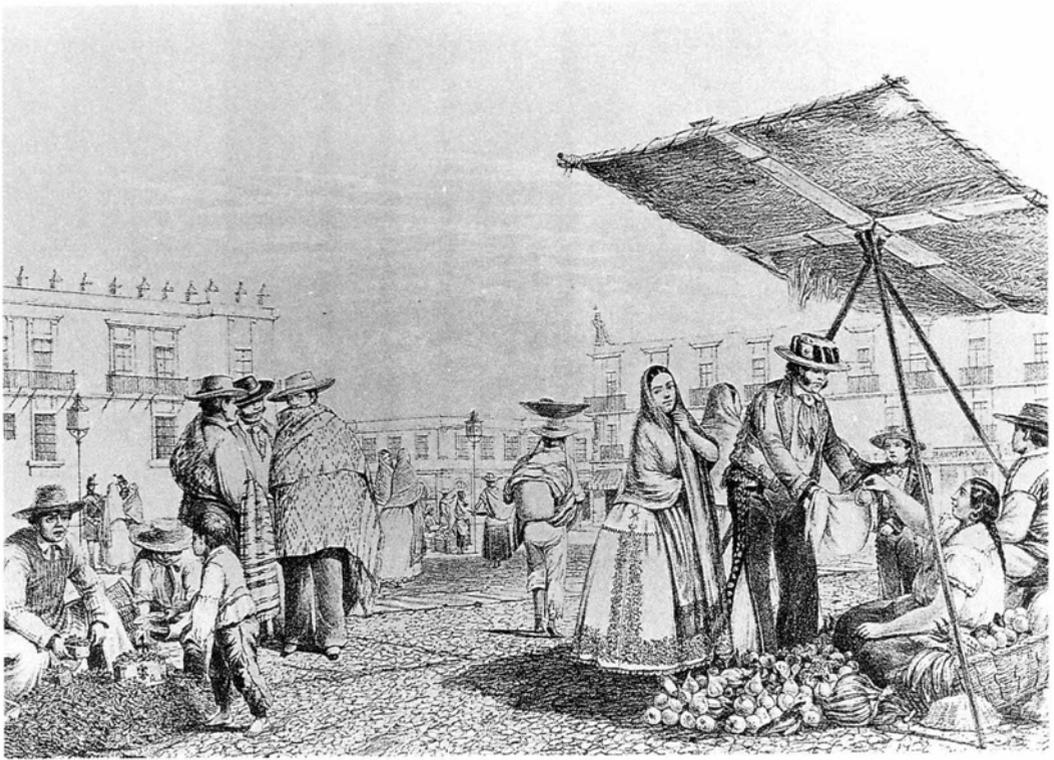
2. Plano de los Condes de Moctezuma (pormenor). Siglo XVIII. El número 62 señala el edificio de la Universidad. Al frente está la Plaza del Volador.



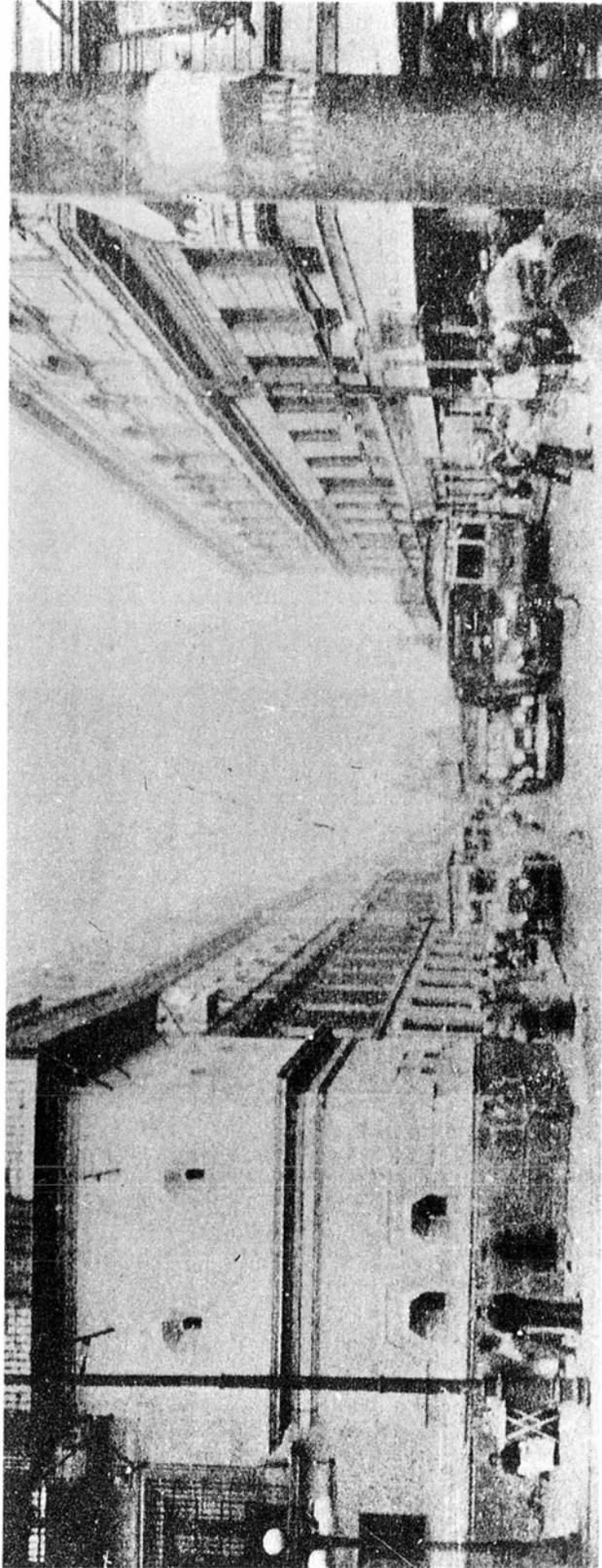
3. Cristóbal de Villalpando. *La Plaza Mayor de México* (pormenor). 1697. Destaca la Acequia Real, la Plaza del Volador y el edificio de la Universidad.



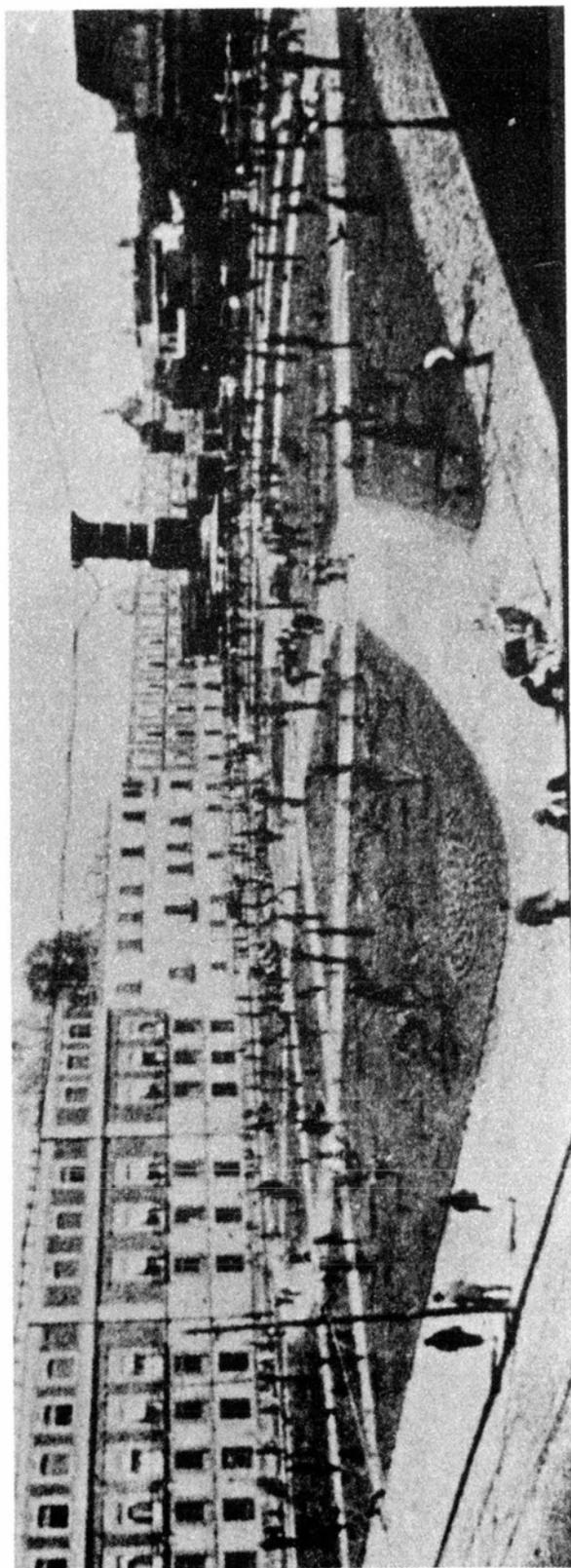
4. Plaza y Alzado del Mercado del Volador por Lorenzo de la Hidalga.



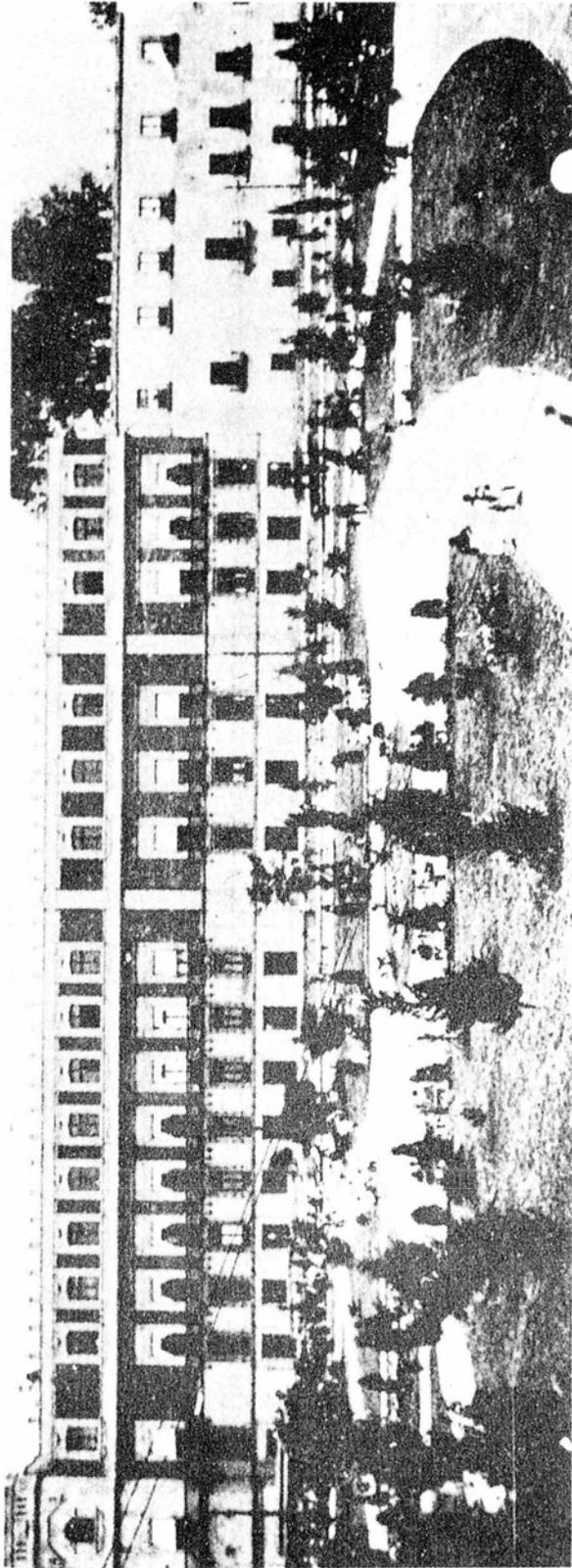
5. Casimiro Castro (mediados del siglo XIX). Esquina sureste de la Plaza Mayor; al fondo se ve el Mercado del Volador.



6. Calle de Corregidora. A la derecha se ve el Edificio del Volador.



7. La Plaza del Volador. Ca. 1925. Vista hacia el oriente.



8. La Plaza del Volador. Ca. 1925. Vista hacia la fachada sur del Palacio Nacional.

alumbrado de este y otros tres mercados prohibiéndose el establecimiento de puestos ambulantes”.<sup>18</sup> Y dale con la modernidad.

Sin embargo, aún cuando “hombre prevenido vale por dos” —adagio que puede parafrasearse diciendo que “autoridades precabidas valen por...”—, con todo y reglamento, “siendo de madera seca los cajones, sufrió la plaza un incendio la noche del 9 de octubre de 1793, reduciendo a cenizas uno de sus frentes”.<sup>19</sup>

Ignoramos como transcurrió la vida del mercado desde esa fecha hasta 1841; año en que el Ayuntamiento de México, en plena euforia de independentismo, decidió comprar el terreno al Duque de Monteleone, quien era el heredero de Cortés, en la cantidad de sesenta mil pesos. La superficie del predio era “ciento cuatro varas de Norte a Sur y ciento y diez y ocho y media de Oriente a Poniente”.<sup>20</sup> Esta compra dio pauta para que en abril de 1841, un particular, don José Rafael Oropeza propusiera a las autoridades la construcción de un buen mercado en la plaza. El presidente de la república, general Antonio López de Santa Anna, acogió el proyecto, contratándose la obra en doscientos quince mil pesos,

que serían librados contra la tesorería nacional por cuenta de lo que el contratista recibiría cuatrocientos treinta mil pesos en vales y si estos no los pagaba el gobierno, sino en parte, el resto se le liquidaría al contratista con el treinta por ciento de lo que produjeran los cajones, abonándole también el rédito desde que estuviera terminada la plaza, con ciertas restricciones; la obra había de quedar concluida a los dos años, y se concedió al contratista intervención en los arrendamientos hasta que se hubiera acabado de pagar el capital que invertía, permitiéndole también que percibiera las cantidades que le dieran por preferencias en las localidades que se arrendaran y pactó otras muchas ventajas que fueron aprobadas por el gobierno.<sup>21</sup>

Claramente se ve que el contratista y el gobierno se habían hecho una.

Los trabajos se iniciaron de manera rápida; la primera piedra de la obra fue colocada el 31 de diciembre de 1841, por el general Santa Anna.<sup>22</sup> Esta ceremonia es una prueba del boato de que hacía gala el

<sup>18</sup> Manuel Rivera Cambas, *op. cit.*

<sup>19</sup> *Ibidem.*

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 149-150.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>22</sup> *Ibidem.*

“héroe de Tampico”, pues estaba persuadido de su papel como guía del país; aunque también resultaba evidente su acentuado egocentrismo, fomentado y solapado por aquellos que, vistos desde la perspectiva de nuestro tiempo, en el oportunismo encontraban tal vez la única manera de sobrevivir.

Ese día Santa Anna marchó “al lugar en que estaban formadas las excavaciones para la fundación, frente a la Universidad”.<sup>23</sup> Lo acompañaban las autoridades de la ciudad, el “prefecto del centro, claustro de doctores, colegios, comunidades religiosas, cabildo eclesiástico, Illmo. Arzobispo, la Junta y el Gobernador del Departamento, los generales y clase militar, cerrando la marcha los cuatro secretarios del despacho y el Presidente”.<sup>24</sup>

Se instalaron en una suntuosa “máquina arquitectónica” construida para tal ocasión, en la que no faltó un retrato del presidente. Acomodados cada uno en su sitio empezaron los discursos siendo el primero el del síndico del Ayuntamiento, licenciado Manuel García Aguirre, quien exaltó el papel del presidente, al “haber decretado la construcción de la nueva plaza y haber concurrido a colocar la primera piedra con la misma mano que empuñara la espada para repeler por dos veces la agresión extranjera y con la que había sostenido los principios de libertad y progreso de la nación”.<sup>25</sup> Siguió un discurso igualmente alabancioso del capitán Oropeza, empresario de la obra, y la ceremonia continuó, Santa Anna recibió:

una caja de zinc, en la que fue depositando las monedas y medallas destinadas a formar el tesoro o depósito de la nueva construcción. Dos medallas de plata acuñadas para el efecto, tenían la siguiente inscripción latina, en el anverso: *Preclarus Milicise Republicaeque Dux. Antonio López de Santa Anna. Anno MDCCCXLI*. En el reverso *Libertatis Patriae et Decoris Patriae Fundamenta Posuit*, inscripciones que traducidas al español dicen lo siguiente: ‘El ilustre jefe del ejército y de la República, Antonio López de Santa Anna, en el año de 1841; puso los fundamentos de la Libertad de la Patria y de sus obras de ornato’.<sup>26</sup>

Pero no era lo único que quedaría sepultado junto con la primera piedra; se sabe que

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 151.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 151-152.

entre las medallas colocadas en la caja, hubo algunas mexicanas de oro, plata y cobre /es decir del siglo XVIII/ y principios del presente, entre ellas la de plata de la proclamación de la Independencia y algunas de la época del Sr. Iturbide; en cuanto a monedas, fueron puestas todas las corrientes, desde la onza mexicana de oro hasta la nueva moneda de cobre; también quedaron encerradas en la caja las célebres bases del plan regenerador de Tacubaya, un calendario, el decreto convocando a un nuevo congreso y el que mandaba edificar un nuevo mercado.<sup>27</sup>

### El momento culminante de la ceremonia tuvo lugar cuando

cerrada la caja, fue introducida en otra de madera, cuya llave fue entregada al Dictador, colocando el todo en el hueco de la piedra de mármol, labrada para el efecto; enseguida recibió Santa Anna una cuchara de plata, de las usadas por los albañiles, la que le entregó el arquitecto de la obra D. Lorenzo Hidalgo acompañado de dos maestros de obras. Santa-Anna tomó mezcla de una cubeta de caoba y la arrojó en el lugar que iba a ocupar la primera piedra, sobre la mezcla derramó agua que contenía un hermoso pichel de plata y enseguida los maestros de obra colocaron la piedra, permaneciendo allí Santa-Anna hasta que la vio cubierta con el macizo.<sup>28</sup>

Todavía hubo un discurso más; el del secretario de Guerra, don José María Tornel, en nombre del presidente. Tras lo cual, “terminada la solemnidad regresó la concurrencia a Palacio”.<sup>29</sup>

Dos años después, en diciembre, la obra estaba terminada; si bien el mercado sólo empezó a funcionar en enero de 1844, tras “una prórroga de algunos días, a consecuencia de que en 1843 se hizo en dicha plaza el paseo de Todos Santos, para inaugurarla”.<sup>30</sup> Esta fiesta también fue muy lucida; aunque no superó a la de la ceremonia de colocación de la primera piedra. Manuel Rivera Cambas, en su tan citado *México pintoresco, artístico y monumental* hace una pequeña descripción de ella, que enseguida reproducimos; dice el autor:

El Ayuntamiento y el Gobernador del Distrito dispusieron que el paseo y la venta de las ofrendas que en los años anteriores había sido con tanta molestia, por la estrechez del portal donde se verificaba, se hicieran ese año en la plaza del Volador, destinada a mercado, y estando conforme el empresario de la plaza, aquel año fue sumamente concurrido el paseo reinando el orden y la elegancia, con la comodidad apetecible en un amplio

<sup>27</sup> *Ibidem.*

<sup>28</sup> *Ibidem.*

<sup>29</sup> *Ibidem.*

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 150.

local. Las mesas de los dulces ocuparon los cuatro cuadros destinados en el centro de la plaza para la venta de las verduras; junto al juzgado que estuvo en el centro, se levantaron dos graderías para las músicas; fueron cubiertas con un toldo todas las calles que rodeaban los cuadros mencionados y en los tránsitos se pusieron sillas alternando con grupos de naranjos y otros árboles; multitud de faroles iluminaron el local por la noche.<sup>31</sup>

A partir de ese momento la ciudad contó con un mercado moderno, limpio, tal como lo requerían los nuevos tiempos.

¿Quién era el autor de tan lograda y celebrada obra? El arquitecto español don Lorenzo de la Hidalga, maestro de la Academia de San Carlos, en ese entonces recién organizada por órdenes del general Santa Anna. De la Hidalgo había sido llamado por el gobierno mexicano para hacerse cargo de la cátedra de arquitectura en la Academia; arribó a México en mayo de 1838 y aquí permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1872.

Justino Fernández, en su libro sobre *El Arte del Siglo XIX en México*, ha perfilado la personalidad del arquitecto español; en ella destaca su producción que, sin ser vasta, resulta de primer orden.<sup>32</sup> Además del Mercado del Volador —su primera obra importante en la capital— construyó el célebre Teatro Nacional y la cúpula de la capilla del Señor de Santa Teresa, anexa a la iglesia de Santa Teresa la Antigua; también proyectó un Monumento a la Independencia, que no llegó a construirse.

Las dos primera obras mencionadas arriba —el Mercado y el Teatro—, hoy en día desaparecidas, eran muy significativas para la ciudad por constituir novedosas tipologías arquitectónicas hasta entonces desconocidas en el país; además de que en ellas se pusieron en práctica nuevos principios constructivos.

Por lo que se refiere al Mercado del Volador, una vez que a De la Hidalga se le encomendó la obra, presentó un proyecto que no fue aceptado, quizá porque contemplaba destinar la segunda planta del edificio a casas habitación; de esto da cuenta la revista *El Museo Mexicano*.<sup>33</sup> Posteriormente, en esta misma revista el arquitecto dio a conocer los principios teóricos que servían de base a su proyecto definitivo: solidez, salubridad y comodidad. Principios que, por cierto, tomaba de la “teoría de la arquitectura” francesa de la época.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 150-151.

<sup>32</sup> Justino Fernández, *El Arte del Siglo XIX en México*, pp. 116-120.

<sup>33</sup> *El Museo Mexicano*, t. I, pp. 106-107.

Tomando en cuenta dichos principios, ampliamente expuestos y defendidos por De la Hidalga, cuando construyó su obra, alguien ha querido verlo como “un precursor del funcionalismo”; sin explicar de manera mínima, en qué consiste tal funcionalismo.<sup>34</sup>

Por fortuna se conservan el plano de la planta del mercado y dos vistas de él; en ellos se puede constatar la descripción hecha por Rivera Cambas —ya citada— del exterior y del interior del inmueble. Así lo conoció Marcos Arróniz, quien en su *Manual del viajero en Méjico*, que data de 1857, indica que: “este mercado goza de las calidades requeridas en esta clase de construcciones, pues que reúne la solidez, la salubridad y la comodidad que son indispensables, y en él se halla todo lo necesario para las primeras necesidades de la vida”.<sup>35</sup>

El aspecto del mercado poco a poco se fue modificando; aunque no era posible alterar su estructura. En él comenzaron a instalarse gran cantidad de comerciantes de la misma ciudad o venidos de fuera, acogiéndose al inmueble en busca de un pedazo de piso donde colocar sus mercancías, del más variado género, transformando la imagen moderna del mercado, convirtiéndolo en una anárquica plaza. Tal es la imagen que recogió Manuel Payno en *Los bandidos de Río Frío*; ahí, en el Volador, Cecilia la frutera —una de las principales protagonistas de la novela— tenía el mejor puesto de la ciudad, a donde concurría lo más selecto de la sociedad para proveerse de fruta; dice Payno:

Tenía entre otros, por marchantes, a muchos de los empleados que ganaban más de mil pesos anuales de sueldo, que invariablemente acudían al puesto al salir de sus oficinas y dirigirse a comer a sus casas. Les surtía su pañuelo de lo que más les gustaba, les daba como regalo o ganancia un par de buenos chabacanos o un puñado de capulines para los niños, les ataba su pañuelo por las cuatro puntas y los despedía con palabras zalame-ras, recomendándoles que no la olvidaran ni se fueran a surtir a otra parte de fruta. Los excelentes maridos y padres de familia salían contentísimos del mercado y marchaban orgullosos por la Plaza Mayor y calles de Plate-ros, moviendo sus brazos a compás, el uno con el bastón con un puño de oro, y el otro de donde pendía un gran pañuelo de madrás lleno de fruta...<sup>36</sup>

Ahora bien, la vida en el mercado debió ser bastante agitada; así lo prueba el mismo testimonio de Payno, en el libro citado. Y esa cotidiana

<sup>34</sup> Elisa García Barragán, “Lorenzo de la Hidalga, un precursor del funcionalismo”, p. 74.

<sup>35</sup> Marcos Arróniz, *Manual del viajero en Méjico*, pp. 106-107.

<sup>36</sup> Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*, p. 104.

neidad transcurrida así por años —casi por décadas— se vio alterada brutalmente en 1870 cuando, en la noche del 17 de marzo, tuvo lugar un espantoso incendio en el mercado. Fue de tal envergadura el siniestro, que vale la pena recoger el testimonio de un testigo presencial.

Dormían plácidamente los capitalinos cuando alrededor de la una de la mañana, el repique de las campanas los despertó,

ansiosos corrieron hacia el centro de la capital, atraídos por una grande llamarada cuyo resplandor les servía de guía, e iluminaba a toda la ciudad aunque la luna brillaba espléndidamente. Las llamas de la inmensa hoguera formada en el centro del mercado, ascendían a mayor altura que las torres de los templos cercanos; desde luego se formó alrededor de la plaza incendiada, un cordón de tropas que impedía la aproximación al lugar del siniestro, de todas las tiendas que rodean la plaza eran extraídos los efectos existentes: los géneros, rebozos y otros artículos del ramo de ropa, por la calle de Morelos, y en la de Portacoeli y San Bernardo se ponían los artículos de abarrotes y verduras; las llamas fueron tomando incremento y al reflejarse sobre las torres de Catedral presentaba este edificio un aspecto grandioso y pintoresco.

Entonces se consumió enteramente toda la madera de los tinglados y *sombras* en el interior de la plaza, en la que no quedaron más que los pilares de ladrillo que sostenían la techumbre de los puestos; la oficina del administrador quedó sin techos, ventanas ni puertas, el suelo cubierto de carbones, restos de frutas y de semillas mezclados con el barro que produjo el agua de las bombas y el paso de los trabajadores; las rebocerías, mercerías y otras tiendas que circundan la plaza, ofrecían lastimoso aspecto, sufriendo unas por el fuego y otras por las precauciones que fue preciso tomar para evitar el avance del elemento destructor.

El fuego comenzó por los puestos de canastas que estaban en el ángulo de las calles de Flamencos y Morelos y de allí se comunicó a los inmediatos, creciendo por haber soplado fuerte el viento cerca de las dos de la madrugada; salváronse las tiendas situadas frente a la Universidad, en tanto que fueron destruidas completamente las que se hallaban en las entradas de las otras tres calles. Muchos comerciantes vieron desaparecer en pocas horas el fruto de su trabajo en dilatados años de economía y privaciones.

Las calles cercanas al lugar del siniestro, estuvieron llenas de efectos de lencería, abarrotes, muebles y cuanto pudo salvarse de las llamas. Muchos ciudadanos se prestaron para apagar el incendio, un hombre de pobre aspecto, con singular arrojo permaneció en una cornisa, frente a Portacoeli, rodeado de llamas, dirigiendo con admirable sangre fría, las mangas de las bombas; el gobernador y algunos regidores se presentaron para llenar sus deberes, pero no fue posible contener el terrible elemento. Todavía a las tres de la tarde del siguiente día, funcionaban las bombas. Quinientas familias quedaron en la miseria y el precio de los víveres subió considerablemente; desde entonces se pensó en la formación de un cuerpo de bomberos, siendo de notar que en los momentos en que el incendio esta-

ba en su mayor fuerza, eran extraídas de Palacio la pólvora y las granadas del depósito y llevadas al Sagrario. El incendio de la plaza del Volador vino a presentar la oportunidad de realizar ciertas reformas y cambios necesarios desde hacia tiempo...<sup>37</sup>

Sí, indica el adagio popular, “no hay mal que por bien no venga”, el mercado fue prácticamente rehecho en su totalidad. Para los tiempos en que escribía Rivera Cambas se decía que el edificio “satisface en su construcción a los principios científicos, en cuanto a la conveniencia y la economía, solidez, ventilación y comodidad, aunque para la capital que crece con rapidez, ya no es suficiente la extensión que tiene”; aunque no pasan inadvertidas para el autor la falta de limpieza y orden “que son tan necesarios en esta clase de edificios”.<sup>38</sup> Además de que —y lo señala con pena y vergüenza— el mal más notorio era que

en la administración de la plaza domina sobre todo la idea de especular; en el exterior se encuentra la venta de muchos efectos que deberían estar en el interior y aún han llegado a diseminarse por toda la ciudad, estableciéndose puestos en las esquinas de las calles, en las puertas de las casas y tiendas, ensuciando, estorbando el paso y eludiendo la vigilancia de la autoridad. Nótese que mientras los rebozos, las mantas, las maicerías y efectos de ferretería ocupan las principales tiendas del Volador, en el tránsito de las calles que rodean el mercado se venden frutas, verduras y otra porción de artículos que hacen difícil el tránsito. Allí está todo sin orden: al lado de la vendedora de sal se encuentra la verdulera, o un puesto de frutas, carnes saladas u otros, hay tocinerías y carnicerías sin lugar fijo, los tránsitos están obstruidos por los artículos de venta; montones de petates y canastas quitan la vista; todo está sucio, y próximo al mercado está el callejón de Tabaqueros, donde en tumultuosa confusión gritan las tortilleras, hay humo y mal olor que despiden los guisados que se preparan en medio de la calle por vendedoras de repugnante aspecto.<sup>39</sup>

Y concluye enfáticamente: “nuestro mercado principal exige todavía grandes mejoras y reformas”.<sup>40</sup>

Se conocen otros testimonios sobre la insalubridad imperante en el mercado, pues “le faltaba agua pura, su piso era permeable”; además de que “se vendían en él animales enfermos”. Por si fuera poco,

<sup>37</sup> Manuel Rivera Cambas, *op. cit.*, pp. 154-155.

<sup>38</sup> *Ibidem.*

<sup>39</sup> *Ibidem.*

<sup>40</sup> *Ibidem.*

al lado de plantas inofensivas, se expendían a todo el mundo a ‘precios excesivamente bajos’, abortivos y venenos: ‘zaopatl (*montagnea tormentosa*), ‘marihuana’ (*canabis indica*), ‘falsa belladona’ (*centrum rosaum*), ‘toloachi’ (*datura stramonium*), ‘codos de fraile’ (*therecia iccolli*), y ‘yerba de la Puebla’ (*cenedcium canicida*).<sup>41</sup>

Ahora bien, para un régimen como el del general Porfirio Díaz, no podía pasar inadvertida la necesidad de regenerar este inmueble. Fue rehabilitado, se retiraron puestos y, al parecer, sólo hubo establecimientos que no representaban mayor peligro ni daban mal aspecto. En la última década del siglo pasado el mercado conoció una vida más tranquila, convirtiéndose en un auténtico *marché aux puces*; por varios años fue

punto de reunión de anticuarios y filatelistas. Allí se hallaban los objetos más raros, las joyas más remotas, las cosas más apreciadas, en una revoltura inconcebible y rematadas a precios irrisorios. No fue raro ver adquirir allí cuadros famosos de Cabrera y otros egregios pintores artistas; incunables de inmenso valor; objetos de arte raros y costosos, rematados en unos cuantos centavos.<sup>42</sup>

Sin embargo, la malaventura perseguía al inmueble pues, “a principios del siglo actual, un enorme incendio se registró allí, durando tres días, con asombro de los habitantes de la ciudad”.<sup>43</sup> Fue entonces cuando el edificio se reconstruyó; le añadieron un piso más para destinarlo a otros usos. Ahí tuvo su sede la antigua Sociedad Científica “Antonio Alzate”, que desde su fundación en 1884, se alojaba en el Observatorio Meteorológico, sito en el Palacio Nacional. En el mismo edificio se alojó la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, hasta que, “la incomprensión hizo que fuese lanzada por soldados zapadores”.<sup>44</sup> También “el gobierno utilizó parte del edificio para oficinas públicas, entre las que se encontraron las del Registro Civil”.<sup>45</sup>

En 1910, en vísperas de la revolución, El Volador era “mercado de libros viejos; pero se halla reforzado con comercios de sombreros, objetos de lámina, baúles, armas, ropas corrientes y otros muchos artícu-

<sup>41</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia...*, v. IV, p. 131.

<sup>42</sup> Ignacio Muñoz, *Guía completa...*, p. 191.

<sup>43</sup> *Ibidem*.

<sup>44</sup> Antonio Pompa y Pompa, “Jubileo de Diamante de la Academia Nacional de Ciencias”, p. 10.

<sup>45</sup> Francisco Arturo Schroeder, *La Suprema Corte de Justicia, su tránsito y su destino*, p. 38.

los”.<sup>46</sup> Eso favorecía que a su alrededor se desarrollara “una intensa vida comercial y es su perímetro uno de los lugares más transitados de la Capital”.<sup>47</sup>

Dos décadas más de vida le quedaban al viejo mercado, “a fines de la tercera década del presente siglo se ordenó su demolición por resultar no sólo obsoleto sino ya perjudicial a la estética y funciones urbanísticas en el lugar en que se encontraba y así desapareció en 1930”.<sup>48</sup> Los anticuarios se trasladaron a la Plazuela de Mixcalco, al oriente de la ciudad. Añosas fotografías muestran el aspecto que tuvo el predio a partir de ese entonces; el cual, por cierto, no era precisamente bello: al “polvoriento terregal”, se unían “los grupos de gente que se acercaban a oír a los merolicos o vendedores ambulantes”; por lo que las autoridades del Departamento Central construyeron ahí “un sencillo jardín”.<sup>49</sup>

Pronto se decidiría construir ahí el nuevo edificio de la Suprema Corte de Justicia. El general Lázaro Cárdenas colocó la primera piedra el 23 de febrero de 1936, aunque el proyecto databa del año anterior y era obra del arquitecto Antonio Muñoz García. Los trabajos avanzaron a gran velocidad y el flamante —pero con poca gracia— edificio fue inaugurado en 1941 por el entonces presidente de la república, don Manuel Ávila Camacho.

A partir de ese momento la Antigua Plaza y el no menos célebre Mercado del Volador sólo serían un recuerdo más de la azarosa historia capitalina.

### *El entorno de la Plaza y el Mercado*

Este singular espacio del centro capitalino, poseía un entorno de primer orden; de alguna manera comparable al de la Plaza Mayor o al de otras plazas como la de Santo Domingo. Si pudiéramos retroceder en el tiempo —a fines del siglo XVI— y ubicarnos en el centro de la plaza, veríamos que sus límites eran los siguientes: al norte la gran acequia, que corría de oriente a poniente, justo al lado del costado sur del Real Palacio. Siguiendo el movimiento de las manecillas de un reloj obser-

<sup>46</sup> Ignacio Muñoz, *op. cit.*

<sup>47</sup> *Ibidem.*

<sup>48</sup> Francisco Arturo Schroeder, *op. cit.*, p. 38.

<sup>49</sup> *Ibidem.*

variámos el edificio de la Real y Pontificia Universidad de México; al lado sur se localizaba el Colegio Dominico de Porta Coeli, con su iglesia. En el costado poniente se iniciaba la calle de los Flamencos, limitada por construcciones que, en sus bajos, alojaban comercios.

Líneas arriba señalamos la importancia del entorno de la plaza; pero, ¿por qué fue tan importante? Vayamos por partes. Cabe recordar que la ciudad, durante casi toda la época colonial, mantuvo comunicación por tierra y por agua; es decir que, si no en la misma proporción, había por igual calzadas que acequias. Una de éstas, la que pasaba a un lado del Volador, era de las más importantes con que contaba la urbe; por ella transitaban gran cantidad de embarcaciones, la mayoría de ellas transportaban diversas mercancías. Y aunque no es el caso hacer la historia de esta vía de comunicación citadina —que bien valdría la pena realizar— no está por demás recordar, basándose en los datos de los cronistas, que “medía quince pies de ancho, tenía seis pies de hondo y el nivel del agua estaba a tres pies abajo del nivel de la calle por cuyo centro corría el canal”.<sup>50</sup> En la esquina noroeste de la plaza se levantaba “un puente de bóveda”, el cual también fue conocido como Puente de Palacio, que permitía la comunicación entre la Plaza del Volador y la Plaza Mayor. Desde una fecha temprana se pensó “cubrir la acequia con un puente que abarcara todo el frente de las casas de Cabildo”; lo cual sólo fue posible llevar a cabo en fecha tardía. Eso explica que la susodicha acequia aparezca en todos los planos de la ciudad elaborados en los siglos XVII y XVIII; pero, como bien ha anotado Edmundo O’Gorman, “en el (plano) de García Conde (1807) sólo está marcada en el tramo de su origen”.<sup>51</sup>

La mejor y más vívida imagen del tráfico por la acequia es la que registra Juan de Viera, ya en pleno siglo XVIII; dice él:

a la orilla del costado de éste (el Palacio) que mira a esta Plazuela, entra encañada la Real Acequia y sigue hasta el Palacio del Corregidor, conduciéndose por ella desde la Laguna, quantas verduras y comestibles entran hasta la plaza, descargandose aquí todos los días más de dos mil canoas, sin contar las que en los demás embarcaderos hazen lo mismo, cuio cómputo prudente se ha regulado hasta el número de diez mil canoas...<sup>52</sup>

<sup>50</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Tímulo Imperial*, pp. 100-101, nota 109.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> Juan de Viera, *op. cit.*, p. 44.

Bordeando la acequia, a partir del puente, por el costado de la plaza se llegaba al que fue uno de los edificios más importantes de la ciudad: la Real y Pontificia Universidad de México, instalada en ese predio desde la década de los años sesenta del siglo XVI; aunque el edificio no se empezó a construir sino alrededor de veinte años más tarde. Según Manuel Toussaint, “fue comenzado en 1584 y dirigido por el arquitecto Melchor Dávila, quien no pudo seguir maestreando la obra pues el mismo año murió de resultas de haber caído de un andamio de la fábrica de la catedral vieja cuando era reconstruida”.<sup>53</sup> Este mismo autor, con base en un dibujo de la ciudad, fechado en 1596, indica que la Universidad ostentaba “una fachada plateresca: gran puerta adintelada con el escudo real arriba y dos rejas renacentistas a los lados. Como todos los dibujos del plano, es convencional y está fuera de escala pero basta para darnos a conocer el estilo del edificio”.<sup>54</sup> Y agrega el maestro:

parece que esta fachada subsistió durante el siglo XVII, pues cuando Sigüenza y Góngora describe en su lenguaje barroco el adorno de la Universidad para la fiesta del *Triunfo Parténico*, dice: ‘así se disimula a la antigüedad del pórtico, celebrado por tan otro con el adorno postizo, que se conciliaba de los ojos respeto, quando poco antes lo habían atendido con accidentes de desprecio’.<sup>55</sup>

No se conoce, hasta ahora, ninguna representación plástica que reproduzca con fidelidad el edificio universitario, tal como lo conoció Sigüenza y Góngora. Quizá la más cercana representación, a como era, es la que plasmó Cristóbal de Villalpando en su cuadro de *La Plaza Mayor de México* (1697). El pintor, haciendo gala de un oficio casi de miniaturista, registró prácticamente todos los pormenores del centro de la ciudad. Y aunque el detalle del cuadro donde se ve la Plaza del Volador y su entorno, mantienen el convencionalismo propio de este tipo de representaciones, se percibe con claridad cada una de las partes que lo integraban: los dos puentes que comunicaban con la Plaza Mayor y con el costado sur del Real Palacio que, por cierto, en ese momento estaba en plena reconstrucción, puesto que había sido destruido, cinco años antes, durante el gran motín que organizaron los

<sup>53</sup> Manuel Toussaint, “El arte y la Universidad en la época del virreinato”, p. 81.

<sup>54</sup> *Ibidem*.

<sup>55</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Triunfo Parténico*, citado por Manuel Toussaint, *op. cit.*

indios debido a la escasez de alimentos que se dejó sentir en ese entonces. En la acequia se desliza parsimoniosamente una gran cantidad de trajineras y otras pequeñas embarcaciones.

Al oriente de la plaza se ve el recio edificio de la Universidad, todavía con elementos arquitectónicos del siglo anterior como las almenas y los merlones, la portada plateresca —a la que alude Sigüenza y Góngora— y, a la izquierda de ella, la gran capilla. En el costado sur destaca el inmueble ocupado por el Colegio de Porta Coeli con su iglesia. Y dada la disposición de la pintura no es posible conocer los edificios que daban hacia la calle de los Flamencos; o sea el costado poniente de la plaza.

Este aspecto del lugar se mantuvo hasta muy avanzado el siglo XVIII, cuando gracias a la pujanza económica de la ciudad, se reconstruyeron varios edificios; entre ellos el de la Universidad. Dado que el “estilo” imperante en ese entonces era el barroco, en su modalidad *estípite*, la Universidad constituyó la tercera obra *churrigueresca* que se admiró en la metrópoli, después de la portada del Palacio Episcopal y del Sagrario. En 1758 decía el Rector:

‘Parece que las paredes miran con envidia las soberbias y eminentes construcciones que a su vista cada día se levantan...’; por lo que, en 1759, se mandaron labrar las cuatro portadas y la escalera, que la afiliaron al Barroco Estípite, poniéndose a la moda que había traído de España Jerónimo de Balbás. Estas portadas fueron: la principal, a la calle; la de la capilla y las del salón de actos o ‘General’.<sup>56</sup>

El mismo autor anota que, como es perfectamente comprensible, la portada principal —que daba hacia la plaza— era “la más suntuosa... llena de estatuas entre sus vigorosos estípites”. En realidad sólo la conocemos por la descripción que de ella hace Gregorio de Campos Martínez en su *Amorosa Contienda...*, escrita en 1761; dice este escritor:

La puerta principal tiene de ancho cuatro varas y seis de alto, guarnecida lucidísimamente de tan costosa y brillante portada, que parece que el arte llegó a punto de perfección que no permite otro mayor; tiene ésta de ancho catorce varas y de elevación veinticinco. La fábrica es de estípites o escapos, desplantados al aire, de orden compuesto, con sus transpilares anudadas, adornadas de molduras; los pedestales, basamentos, arquitrabes, cornisas, frisos, están labrados con exquisito esmero, artificiosa simetría y todos los ornamentos de arquitectura que circunscribe el orden

<sup>56</sup> Francisco de la Maza, “Las portadas estípites de la Antigua Universidad”, p. 9.

compuesto. Forma tres cuerpos: en el primero se representan vivamente en dos estatuas colocadas en sus repisas y nichos, el Derecho Civil y la Medicina y en los entrepaños la de la Filosofía, de medio relieve, tallada a la perfección, siendo digno de atención que en materia de piedra de cantería, compita su follaje con el más crespo y delicado adorno que se pudiera introducir en la materia más dócil. Con igual hermosura ocupan el segundo cuerpo las estatuas de la Teología y del Derecho Canónico, y sobre el balcón principal de la sala de claustros, que se asienta sobre la puerta, en un óvalo, émulo del círculo más brillante de la esfera, la imagen del Rey Nuestro Señor Carlos III. El último cuerpo en que remata, adornan las reales armas y al derecho un nicho (que pudiera ser relicario), la estatua de Carlos V y semejantemente al lado izquierdo, la de Felipe II.<sup>57</sup>

Esta portada unía, a su novedosa composición arquitectónica, un notable programa iconográfico, cuya intención fue claramente percibida por Francisco de la Maza, quien lo explica de la siguiente manera:

como se está haciendo en el 'siglo de las luces' y con la Ilustración en marcha, las estatuas más visibles y primeras son el Derecho Civil y la Ciencia, personificada en la Medicina. La Filosofía, siempre para el catolicismo la 'ancilla theologiae', va sólo en relieve y el Derecho Canónico, así como la Teología, en el segundo cuerpo, con la jerarquía de la altura, pero la disminución de la visibilidad respecto de las primeras. El rey en turno es natural que fuera en medio, sobre el balcón, y la presencia de Carlos V y Felipe II no es por prurito realista o dinástico, sino por haber sido el primero el fundador y el segundo el sostenedor de la Universidad.<sup>58</sup>

¿Quién fue el autor de tan singular monumento? El arquitecto Ildelfonso de Iniesta Bejarano, quien presentó un proyecto de "obra sencilla"; el cual fue preferido por las autoridades universitarias, declinando otro proyecto presentado por Lorenzo Rodríguez, a pesar de que era "obra primorosa"; es decir que implicaba mayores costos. Por eso de la Maza reflexiona y dice: "¿Cómo sería de rico y suntuoso el (proyecto) de Rodríguez, si el de Iniesta, que también lo es, le pareció sencillo?".<sup>59</sup> Por desgracia, tan insigne monumento fue destruido, "por el estilo neoclásico, poniéndose en su lugar una triste, seca y anodina fachada que se le ocurrió al arquitecto González Velázquez".<sup>60</sup> Efectivamente, la fachada ideada por González Velázquez parece la an-

<sup>57</sup> Gregorio de Campos Martínez, *Amorosa contienda...*, citado por Francisco de la Maza, *op. cit.*

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>60</sup> *Ibidem*.

títesis de la construida por Iniesta Bejarano. La nota predominante en ella es una acentuada desnudez; sólo en la parte central el arquitecto resaltó la entrada con pares de insípidas pilastras; el segundo cuerpo repite el mismo esquema compositivo, al cual se sobrepone un remate con frontón triangular.<sup>61</sup>

Una vez que la antigua Universidad fue suprimida, en 1865, en el edificio se instaló el Conservatorio de Música. Ya en pleno siglo xx, en el momento en que toda la sociedad mexicana se aprestaba a celebrar los cien años de la independencia, don Justo Sierra, Ministro de Educación a las órdenes de Porfirio Díaz, se preocupó por re-establecer la Universidad. Desgraciadamente su empeño, que llevó a buen término, se ve empañado por un acto de auténtica barbarie —de *lesa* cultura podemos decir— ordenado por él: la destrucción del tricentenario edificio universitario. Toda la gloria de que goza el maestro no podrá eximirlo de esa mácula; por eso no es gratuito el reproche que le hace Francisco de la Maza, quien dice que don Justo, “en su odio a la antigua Universidad confundió las piedras con las ideas”.<sup>62</sup>

No obstante esa gravísima confusión de don Justo Sierra, algo se conservaba del antiguo edificio: la escalera. Pero “en fin, se derribó en 1950, en vísperas del cuarto centenario de la fundación de la propia Universidad”.<sup>63</sup> Esta queja de Francisco de la Maza, defensor como pocos del patrimonio cultural de México, la termina exclamando: “¿Se sustituyó esa devastación con algún edificio moderno mejor que el destruido? No. Ahora es un hacinamiento de pintarrajeadas tiendas de paliacates. Así se ‘moderniza’ la Ciudad de México con una falta de imaginación y de dignidad que raya en lo inverosímil”.<sup>64</sup> Por nuestra parte diremos que hoy en día un estacionamiento y un edificio para comercios se levantan en “ese viejo solar de donde se difundió el saber y donde se cultivó la ciencia, desde los tiempos en que México ingresó a la cultura europea”.<sup>65</sup>

Es mucho más difícil indicar cómo eran los edificios que ocupaban el costado sur de la Plaza del Volador; puesto que fueron modificados sensiblemente, incluida la fachada de la iglesia del antiguo Colegio de

<sup>61</sup> La litografía de Murguía, que muestra la fachada neoclásica de la Universidad, fue dibujada por L. Garcés. Aparece reproducida en el libro tantas veces citado de Manuel Rivera Cambas, t. I, entre las páginas 149 y 150.

<sup>62</sup> Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 9.

<sup>63</sup> *Ibidem.*

<sup>64</sup> *Ibidem.*

<sup>65</sup> Manuel Toussaint, *op. cit.*, pp. 82-83.

Porta Coeli. El arreglo de la portada de la iglesia se debe al arquitecto Luis Anzorena, quien lo realizó en 1891.

Otro tanto puede decirse del costado poniente; es decir del predio que daba hacia la calle llamada de los Flamencos. Las descripciones de la época colonial mencionan que ahí había diversos comercios. Y en las fotografías de principios de este siglo se distinguen, además de la volumetría del edificio, sus tres niveles y, del lado que daba hacia la Plaza Mayor en los dos registros superiores, las ventanas lucen sobrios enmarcamientos de cantera, cuyos ejes verticales se proyectan para soportar otro dintel; solución muy frecuente en la arquitectura barroca dieciochesca de la Ciudad de México.

No deja de llamar la atención el hecho de que la famosa Plaza del Volador, primero, el mercado del mismo nombre, después, dada su importancia, no hayan sido representados en la plástica novohispana y decimonónica, excepción hecha de los ejemplos aquí citados. Las vistas que se conservan de la Plaza Mayor —óleos, litografías e incluso fotografías— muestran que los artistas para “retratarla” prefirieron ubicarse en los ángulos del sur y del poniente, con el propósito de fijar los edificios principales: la Catedral con su sagrario y el antiguo Palacio; excepcionalmente hay vistas desde la Plazuela del Marqués hacia el ángulo suroeste de la Plaza, siendo entonces el antiguo Portal de los Mercaderes y las Casas del Cabildo, las que ocupan el plano principal. A la Plazuela del Volador y el Mercado se les ve casi siempre de reojo, como tratando de evitarlos, y a veces sólo como fondo de algunas escenas; por ejemplo, en una litografía de Casimiro Castro donde se observa a una frutera en su puesto.

Actualmente ese rincón del Centro Histórico —auténtico apéndice de la Plaza Mayor— tampoco resulta fotogénico; a pesar del empeño de las autoridades capitalinas por rehabilitarlo. El pesado edificio que ocupa la Suprema Corte de Justicia de la Nación desentona con el estilo “neocolonial” que luce el Palacio Nacional, y con el no menos florido neocolonial del edificio gemelo del Departamento del Distrito Federal.

Esa ya de por sí poco afortunada remodelación urbana continuó con la construcción del monumento que conmemora la fundación de México Tenochtitlán; conjunto escultórico carente de la más mínima fuerza expresiva que resalte el hondo significado de tan trascendental evento mítico-histórico.

A estas dos obras públicas se suma una tercera, no menos desafortunada: la reconstrucción parcial del lecho de la antigua acequia. Obra

que no puede verse sino como un auténtico insulto, en una ciudad donde lo primero que se agotó fue el precioso líquido que le dio origen. La acequia reconstruida pronto se convirtió en un gigantesco recipiente de agua pútrida y luego en una gigantesca jardinera donde van a parar, cotidianamente, los desechos —de todo tipo— que una multitud, también cotidiana, arroja de manera inmisericorde.

Cuando se inicia la última década del siglo XX, al recorrer el perímetro de la antigua Plaza del Volador, llegan a nuestros oídos evocadores ecos de antaño, y ante nuestros desorbitados ojos se revela una dolorosa y cruenta realidad de hogaño.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arroniz, Marcos, *Manual del viajero en Méjico*, México, s.p.i., 1857.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *México en 1554 y Tímulo Imperial*, ed., pról. y notas de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1975, 235 p. (Sepan Cuántos...).
- Diego Fernández, Salvador, *La ciudad de México a fines del siglo XIX*, México, s.p.i., 1937.
- Fernández, Justino, *El arte del siglo XIX en México*, 3a. ed., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983.
- Galindo y Villa, Jesús, *Historia sumaria de la ciudad de México*, México, Cultura, 1925.
- , *Polvo de Historia*, 2a. ed. México, Patria, 1954.
- García Barragán, Elisa, "Lorenzo de la Hidalga: un precursor del funcionalismo". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, v., XII, no. 48, pp. 71-82. México, 1978.
- Gómez, José, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el Gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía de Ignacio González Polo, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1986, p. 84.
- Martos, Luis Alberto y Yoma Medina, María Rebeca, *Dos mercados en la historia de la Ciudad de México: El Volador y La Merced*, México, INAH-DDF, Secretaría General de Desarrollo Social, 1990 (Divulgación).
- Maza, Francisco de la, *El pintor Cristóbal de Villalpando*, México, INAH, 1964.
- , "Las portadas estípites de la Antigua Universidad". *Estudios de Historia Novohispana*, v. I, México, 1966, pp. 9-12.
- México en el tiempo, fisonomía de una ciudad*, México, Excélsior, 1945.
- México y sus alrededores*, ed. facsimilar de la que fue realizada por los Establecimientos Litográficos de Decaen Editor, México, Ed. del Valle de México, 1974.
- Muñoz, Ignacio, *Guía completa de la ciudad y valle de México*, formada con datos tomados con la revisión de don Luis González Obregón, México, Ediciones León Sánchez, 1927.

- Payno, Manuel, *Los Bandidos de Río Frio*, prolog. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1983 (Sepan Cuántos..., 3).
- Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, México, Ed. del Valle de México, 3 vols.
- Romero, Jesús, *Guía de la ciudad de México y demás municipalidades del Distrito Federal*, México, Librería de Porrúa Hermanos, 1910.
- Salas Anzures, Miguel, "La Ciudad de México", introd. y selección de..., *Artes de México*, a. XI, n. 49-50. México, 1964.
- Schroeder, Francisco Arturo, *La Suprema Corte de Justicia, su tránsito y su destino*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 1985, 155 pp., ils.
- Toro, Alfonso, *Historia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación*, México, s.p.i., 1934, 1 vol.
- Toussaint, Manuel, "El arte y la Univesidad en la época del virreinato". *Ensayos sobre la Universidad de México*, México, UNAM, Consejos Técnicos de Investigaciones Científicas y Humanidades, 1951, pp. 79-85.
- Viera, Juan de, *Compendiosa narración de la ciudad de México*, pról. y notas de Gonzalo Obregón, México-Buenos Aires, Guaranía, 1952.